

pestilentes que se esparcen en las tragedias y en las operas, y las exprobraciones, las imágenes licenciosas que ofrecen las comedias! Jamás las borran de su memoria. . . Ven á los grandes, á los funcionarios públicos, á los ancianos, &c. que las aplauden. Se imaginan que cuanto se les expone es digno de retenerse. . . Obran consiguientemente, cuando gozan de su libertad; y vedlos aquí corrompidos en el corazon y en el espíritu, para todo el resto de su vida. . . Pero, ¿qué inconveniente hay, se dice, en que oigan hablar de la pasión del amor? Es menester que la conozcan tarde ó temprano. He aquí lo que estoy muy lejos de creer: siempre se debe ignorar el libertinaje. Mas aun cuando en el teatro se manejara con mas reserva esta pasión, ¿habría ménos inconveniente, y, si me atrevo á decirlo, ménos crueldad en darles lecciones prematuras é infinitamente peligrosas en una materia tan delicada? ¿Lo habría ménos en hacerles correr el riesgo de perder su inocencia, aún antes que sepan cual es su precio, y cuan terrible é irreparable sea esta pérdida? ¿Y los padres se interesarán en conservarles esta virtud, si conocen su precio? Con todo, eso se les espera despues, cuando sus hijos dan en desórdenes perjudiciales á su fortuna."

Por último, Rousseau, tambien autor dramático, y que segun su confesion jamas faltó voluntariamente á ninguna representacion de Moliere, ha reunido y presentado en toda su claridad los peligros de los teatros. Hombres célebres han pretendido contestar á la carta que escribió sobre esta materia; pero en mi concepto, no han respondido, ni á la menor parte de los argumentos que el oponente; y a pesar de tanto espíritu, tanto arte y talento, ¿la respuesta de ellos hubiera sido tan débil, si la causa que se encargaron de defender no hubiera sido la ménos buena?

PÁG. 72.

[15] *Es para conservarse siempre puro y fiel.* Un ejemplo sorprendente me ha confirmado la exactitud de esta reflexion. Cierta persona a quien yo queria, se acababa de casar con una jóven que habia sido educada en los mejores principios. El creyó aumentar su dicha y la suya, infundiéndole gusto por los placeres á la moda, y obligándola en cierto modo á concurrir al teatro. Yo me esforcé envano á darle á conocer los peligros y las consecuencias de esto.

davia, cuyo propio papel, y circunstancias que fácilmente se preven, inducirán á los jóvenes actores á penetrarse de ellas? ¿Para cual edad no serán peligrosos semejantes papeles!

La jóven esposa se apasionó muy pronto por cuanto hasta entónces habia repugnado mas. De estos primeros gustos nacieron otras pasiones, y a muy pocos años produjeron una separacion; cuando esa sucedió, mi desgraciado amigo me dió parte de todos sus pesares, que han acabado con abreviar sus dias.

CARTA TRIGESIMA.

EL CONDE DE VALMONT AL MARQUEZ.

¿En qué embarazos, en que triste y cruel perplexidad me poneis! Yo empesaba á adquirir una especie de tranquilidad, y vos me la quitais. Ah! ¡compadeseos de mí, no me dejéis en mi ceguedad! Mas ¿qué digo? ¿y que compasion bárbara es esta que me alludáre á engañarme! Padre mio, vos quereis mi felicidad mas que yo mismo: pues por qué será menester que yo no me sienta con fuerzas bastantes para cooperar á ella con vos! Quereis que huya yo del objeto que me es querido, que le aleje.... yo, para quien un dia de ausencia es todavia muy largo. Oh cielo! ¡Cuán arrepentido estuve de mi indiscrecion, cuando lei este consejo que me dais! ¡Alejar á la infortunada Senneville, á esta amiga de la Condesa, á este depósito precioso que le ha sido confiado! Porque, lo diré por fin, ella es á la que amo; y ved aquí el resto de mi secreto, que todavia no me habia atrevido á descubrirlo enteramente. ¿Mi esposa podria consentir en esto? Su adhesion iguala casi á mi amor, y solo discrepa en que aquella es mas perfecta y mas pura: ellas se han hecho necesarias la una para la otra; nosotros tres, solo tenemos ya un espíritu y un corazon. ¿Qué diria el mismo público, si Senneville se alejara? ¿Y con que pretexto podria verificarse una separacion que los miramientos han hecho como imposible....? Por otra parte, ¿no podré yo amar sin crimen? La ley natural no me prohibe tener un corazon sensible. ¿Pues por qué el cielo le ha hecho tan tierno, si me ha vedado amar....? Mas ¿qué digo? y querré

yo siempre engañarme á mi mismo? ¿Por ventura ha estado en mí arreglar mejor este corazón? ¿Á quien debía yo mi amor? ¿Quién lo ha merecido mejor, de Senneville ó Emilia? ¿Quién de las dos habia ganado derechos mas justos sobre él?... Ah! ¿el corazón conoce acaso semejantes leyes? ¿Y aguarda para rendirse á la del deber y del reconocimiento? Á pesar de esto, la pasión no debe ser mi guía, bien lo sé; á mi razón corresponde reprimirla y vencerla. ¡Impotente razón! Tan débil es ella para triunfar de mis inclinaciones, como lo hubiera sido sin vos para disipar mis tinieblas....? ¿Qué haré pues, padre mio? ¡Oh quanto affigis á mi alma iluminándola! ¿Y era indispensable que la verdad, en vez de traerme la paz, fuese para mí el origen de un tormento nuevo? Dejadme algun tiempo todavía, sacar de Senneville misma los auxilios que necesito para llegar á separarme de ella. Tal vez la amistad....¿Qué insensato soy! ¿Qué nombre tan bello profano! ¿Puedo esperar acaso substituir un sentimiento tan santo, un afecto tan sosegado y tan casto, en lugar de un fuego adultero? Por que al fin, vos me habeis desvendado los ojos: sí, la ley natural tan solamente, la sola razón basta para condenarme; ella me impone un yugo tan duro como el que pretendo sacudir. Donde quiera, oh! donde quiera encuentro las trabas que quisiera evitar. ¿Qué poco se ha menester para que yo no retracte las confesiones que me habeis obligado á hacer; para que no recobre mis primeras dudas; y para que no me sumerja por siempre en una noche mas profunda todavía....! Ved aquí pues con lo que terminaria esta franqueza y esta rectitud de que me glorio delante de vos, con hacerme mas culpable y ménos digno de excusa. Todo en mí reclamaria contra los nuevos extravios. Me habeis ilustrado demasiado, para que yo pudiera dudar cuando quisiera; y mis pasiones me son ya muy sospechosas, para que pusiera las murmuraciones importunas en vez de la verdad.

Acabad vuestra obra, dejaos mover mas que nun-

ca por el trastorno que padezco. Decis que la ley natural no es la única que yo debo seguir; y que por mas argumentos que yo forme á su favor, si Dios me ha dictado otra, no me toca poner limite á sus dones. Si ha hablado, de cualquier modo que se explique, no tengo facultad de rehusarme á escucharle. La razón humana es de hecho muy limitada: abandonada á sus propias fuerzas, ¿qué mas ha producido sino luces muy imperfectas en solo algunos, y extravios monstruosos en casi todos? ¿Qué responder á esto? Confieso ciertamente, que tal es la historia del universo; tal es desgraciadamente la mia; y ¿qué puede repito, mi débil razón, así en favor de la virtud como de la verdad? Sin embargo, ¿qué otro apoyo me dareis? El cristianismo. Y qué, ¿el cristianismo con todos sus misterios? Oh! yo no pretendo blasfemar de él; vuestro ejemplo me lo haria respetar mas que nunca. Pero en fin, ¿cuántas contradicciones extrañas envuelven sus principales dogmas! ¿Cuánta oposición con la razón, con esta primera guía que me habeis enseñado á consultar! ¿qué fé tan ciega exige de mí! ¿qué votos cuenta en su favor? ¿qué filosofía pudo conformarse con él? ¿Y no es el tribunal de la razón misma, el de las ciencias, de las artes y del ingenio, donde está mas descreditado? ¿Cómo pues creeré yo encontrar en él, aquel apoyo mas sólido, aquel guía mas seguro que me ofreceis?

Así, en cualquiera parte á donde dirija mi vista, nada veo que me pueda satisfacer, y estoy todavía mas descontento de mí mismo. Toda mi carta os lo prueba suficientemente. Yo quiero el bien; amo la virtud que me habeis hecho conocer; pero no me siento con bastante fuerza para practicarla. Soy pues á mis ojos un enigma; me examino y no me comprendo: yo mismo me causo vergüenza; mas la causo á vos.... ¿Cuánto degradan las pasiones á este mismo ser que la razón ennoblece y ensalza!